

## JARDINES EN TIEMPOS DE GUERRA

Teodor Ceric

# Jardines en tiempos de guerra

Edición de  
Marco Martella

Traducción de  
Ignacio Vidal-Folch

Ilustraciones de  
Mercedes Echevarría

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

Título original: *Jardins en temps de guerre*

- © de la edición y la introducción, Actes Sud, 2014
- © de la traducción, Ignacio Vidal-Folch, 2018
- © de las ilustraciones, Mercedes Echevarría, 2018

Imagen de la cubierta:  
Jardín interior en Graz  
Fotografía de Clara Pastor

© Editorial Elba, S.L., 2018  
Avenida Diagonal, 579  
08014 Barcelona  
Tel.: 93 415 89 54  
editorial@elbaeditorial.com

## ÍNDICE

Una poesía con las uñas sucias de tierra

Prefacio de Marco Martella · 9

### JARDINES EN TIEMPOS DE GUERRA · 13

#### I

Edén y Getsemaní · 17

#### II

Un justo exceso · 31

#### III

Monte Caprino · 45

#### IV

El jardín de Godot · 55

#### V

Un ermitaño en su jardín · 67

#### VI

Los jardineros de las Tullerías · 83

#### VII

Un jardín entre muros · 91

Coda · 102

## Una poesía con las uñas sucias de tierra

En la primavera de 1992, cuando el ejército serbio empieza a castigar a la ciudad de Sarajevo, Teodor Cerić, entonces estudiante de letras, burla el bloqueo militar y abandona su país. Empieza a viajar por Europa, sin rumbo fijo, sobreviviendo a salto de mata y con empleos efímeros. En 1995, cuando los acuerdos de Dayton ponen fin a la guerra de Bosnia-Herzegovina, sigue vagabundeando durante dos años más, y luego regresa a su país, que en el ínterin se ha independizado.

En 1998 se retira a una casa en el campo, en la región de Sarajevo. Adquiere cierta notoriedad escribiendo críticas literarias para revistas y diarios bosnios, austriacos e italianos. Al cabo de cinco años publica una colección de poemas titulada *Samo od poetike može poezija izdahnuti* que es muy celebrada en los países balcánicos y se traduce al francés con el título *Seul le poétique peut tuer la poésie* [Sólo la poética puede matar la poesía].<sup>1</sup> Pese a tan estimulante recepción, so pretexto de que con los años la pereza le ha vencido, Teodor Cerić decide bruscamente no escribir ni publicar nada más. A partir de ahora su única obra, dice en el último artículo que escribe para *Der Standard*, será su jardín, que viene cultivando desde hace unos años.<sup>2</sup>

1. Aporija, París, 2007.

2. T. Cerić, «Garten oder Dichtung?», *Der Standard*, 6 de marzo de 2006.

La primera persona que me habló de Cerić fue un amigo escritor, Alessandro Iovinelli, el traductor de sus poemas al italiano. Me dijo que era uno de los pocos privilegiados que han podido visitar su jardín, un día en que el poeta le invitó a su casa para hablar sobre las traducciones. Me lo describió como una especie de pequeña jungla, perdida en medio de los campos de trigo de la región, en la que se penetra a través de una espesa maraña de árboles cargados de frutos de aspecto exótico, helechos y lianas. Pero como no sabía gran cosa de jardines, no pudo decirme nada más.

Sin embargo, eso bastó para que yo deseara conocer a Cerić, y, por qué no, publicar algún texto suyo en la revista *Jardins* que dirijo para Éditions du Sandre. Mi amigo me había avisado de que había pocas posibilidades de que aceptase. Por eso, cuando en el año 2011 contacté con él para pedirle un artículo sobre el tema del tiempo, me sorprendió recibir una respuesta positiva. A lo largo de los siguientes meses me envió varios textos, dejando a mi criterio la elección del más apropiado.

Descubrí que formaban un conjunto coherente, una especie de *Bildungsroman* que permitía leer entre líneas la vida de su autor durante sus años de vagabundeo, mientras su país se abismaba en la guerra. Se adivina el itinerario que poco a poco fue conduciendo al antiguo estudiante de Sarajevo a una concepción de la naturaleza que se puede calificar, como han hecho varios críticos literarios, de romántica,<sup>3</sup> y a su singular visión del

3. «¿Y qué decir del romanticismo rústico y decididamente hostil a todo lirismo de un Teodor Cerić?» (Pia Petersen, «Rebooter le

jardín. De manera que la idea de ponerlos en orden cronológico y publicarlos en forma de libro surgió con toda naturalidad. Convencer a Teodor no fue fácil, pero al final aceptó. «Hágalo, si tanto se empeña», me escribió al final de un largo intercambio de correos electrónicos. «Lo único que le pido es que evite los títulos sensibleros que se le suele dar a los libros sobre jardines. Titúlelo sencillamente *Jardines en tiempos de guerra*.»

Así que este libro es la primera obra de Teodor Cedric publicada desde el año 2003.

Al hilo de sus páginas el lector irá descubriendo jardines famosos, como las Tullerías o Painshill Park, pero también lugares menos conocidos, al margen de la sociedad de los hombres, a veces en el límite de lo que consideramos un jardín. Lo que todos tienen en común es su capacidad de ofrecer al individuo un refugio donde el estrépito de la historia, que ruge más allá de sus muros, sólo llega como un eco lejano. Recintos donde el mundo por fin se hace habitable.

MARCO MARTELLA

Saint-Loup-de-Naud, marzo de 2014

monde. Poésie et dissidence aujourd'hui», en *Le Matricule des Anges*, marzo de 2009).



# Jardines en tiempos de guerra



*A Nuccia y Roberto*

Pero antes de acabar, tengo  
intención de celebrar nuestro pedacito de paraíso,  
la parte del jardín que el Señor  
olvidó mencionar.

DEREK JARMAN

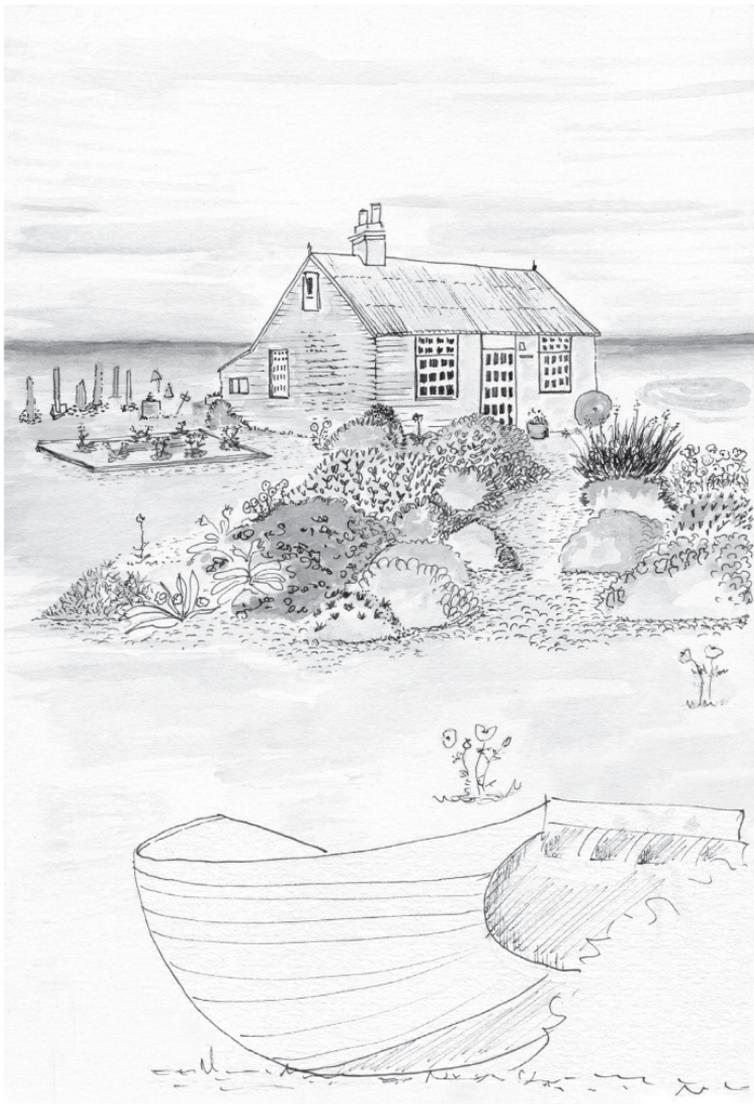
## I Edén y Getsemaní

Todo comenzó hace una veintena de años, en 1994, cuando ya hacía algún tiempo que viajaba a través del continente europeo.

En aquella época vivía en Londres, y trabajaba como estibador en el puerto fluvial. Una noche, en un cine de arte y ensayo, vi una extraña película titulada *The Garden*, que se había estrenado hacía tres o cuatro años. Lo único que sabía de su director, Derek Jarman, era que acababa de morir de sida. Esta enfermedad, que en aquella época aún estaba envuelta en un silencio incómodo, era el tema de un largometraje que un crítico cinematográfico había calificado de «película testamento». El jardín del que trataba era una especie de mundo idílico, un Edén ideal, una Edad de Oro erótica y sentimental de la que la enfermedad había arrancado a los dos chicos que protagonizaban la película. De vez en cuando aparecían imágenes de un jardín real –un cuadrado plantado en medio de un páramo, filmado sobre todo por la noche– aterradoras, casi alucinadas, eléctricas.

–Creo que es el jardín de Jarman –me cuchicheó al oído la joven con la que estaba.

A la mañana siguiente fui a la biblioteca de mi barrio para hojear las revistas de cine y leí algunos artículos que hablaban de los últimos años de vida de Jarman. Me enteré de que su jardín, Prospect Cottage, se encontraba en Kent, a un centenar de kilómetros de



Londres, en un lugar llamado Dungeness. Mientras miraba las fotos del lugar, sentí deseos de verlo con mis propios ojos. Como si algo me llamara a ir y allí fuera a obtener una respuesta, la respuesta a ciertas preguntas que aún no lograba formular.

Así pues, una mañana de primavera, me decidí. Me fui a Victoria Station y tomé un tren a Kent. ¿Qué me iba a encontrar allí? ¿Y qué había sido de aquel jardín, ahora que su jardinero había desaparecido? ¿Sería solamente un memorial? ¿Un monumento funerario?

Ah, no. Prospect Cottage era cualquier cosa menos eso.

El jardín desbordaba vida, y la muerte era omnipresente.

•

Alquilé una bicicleta en la ciudad más próxima a Dungeness. Al cabo de una hora o dos, mientras pedaleaba por una carretera desierta, después de pasar junto a una central nuclear enorme que se alzaba en medio de las landas, y que yo recordaba haber visto en la película, reconocí, a lo lejos, el jardín. Una mancha de colores muy vivos, una abundancia de flores que resplandecía incluso bajo el cielo gris, alrededor de una casa de madera, ennegrecida con alquitrán.

Dejé la bicicleta en el arcén y me acerqué, creyendo que en la casa no habría nadie. No se veía un alma. El rumor del viento se mezclaba con el del mar, oculto más allá de las dunas. Di una vuelta por toda la propiedad, fascinado, sin osar penetrar en aquel jardín sin muro ni vallado que lo protegiese de los intrusos.

Apenas sabía nada de jardines, pero sentía confusamente que en aquella ausencia de vallado había algo insólito, una excepción a la regla. El que había cultivado aquellas decenas de metros cuadrados de tierra ni siquiera había intentado ocultar las desdichadas vistas que lo rodeaban. Como la de la central nuclear, cuya mole gris se veía desde todas partes, o la lúgubre planicie de las landas peladas de Dungeness, donde sólo se alzaban algunas pobres casetas de pescadores. ¿Y qué jardinero no hubiera empezado por alzar un muro para proteger el jardín del viento?

Por lo que yo sabía, Derek Jarman era conocido, como artista y como hombre, por su carácter iconoclasta. Igual que le gustaba subvertir las reglas del cine, había debido de divertirse infringiendo las prácticas de la correcta jardinería... Pero no: en aquella apertura total del jardín al paisaje que lo rodeaba había algo más profundo, que me emocionó sin que yo supiera por qué. Me parecía que aquel lugar expuesto a los cuatro vientos ocultaba un secreto, como un poema que no se acaba de entender pero que al leerlo uno siente que nos está cambiando la vida.

La ausencia de vallado no era la única característica singular del lugar. Prospect Cottage no se parecía a ningún otro jardín que yo hubiera visto hasta entonces. Unas piedras de sílex erguidas formaban figuras geométricas –cuadrados y, sobre todo, círculos–, que constituían extraños parterres minerales. Por todo el espacio estaban diseminadas innumerables estacas de madera de deriva, sin duda recogidas en la cercana playa y a las que se habían adherido piedras, pedazos de hierro oxidado o conchas. Apunté en mi cuaderno:

«Como las cruces de un cementerio...». Pero por todas partes había flores, en tupidos macizos o aisladas, entre los guijarros. Rodeaban la casa como para protegerla, frágiles, listas a inclinarse bajo el impulso del viento, pero voluntariosas. Y suavizaban el sentimiento de angustia producido por las cruces y la chatarra, transformándolo en júbilo. Me pareció que si los sílex y las estacas de madera de deriva eran el esqueleto del jardín, aquellas flores eran su carne. Una carne torturada, pero vigorosa, resplandeciente de vida en el despertar de la primavera.

•

Ésta es la historia de Prospect Cottage. La he reconstruido gracias a los artículos que he encontrado en algunas revistas de cine y, más tarde, leyendo los pasajes que Derek Jarman consagró a su jardín en sus últimas obras,<sup>1</sup> pero también a fuerza de evocar una y otra vez en aquel lugar tan insólito. En efecto, a consecuencia de mi visita a Dungeness, durante mis años de vagabundeo por de Europa, pensé muchas veces en aquel hombre al que no llegué a conocer pero que había acabado por resultarme familiar. Tan familiar como un viejo amigo o un hermano mayor que tuviera mucho que enseñarme, porque lo que yo estaba viviendo él lo había vivido mucho antes.

En 1986, cuando acababa de enterarse de que era seropositivo, Jarman compró el *cottage*, que había des-

1. Con toda probabilidad Cerić se refiere a *Derek Jarman's Garden* y a *Modern Nature*, Vintage Press, 1992. Por lo menos las citas de este texto están sacadas de esas dos obras. (*Todas las notas son del editor.*)

cubierto por casualidad durante un viaje en coche por el sur de Inglaterra.

Aquella landa árida no era lo que se dice un terreno abonado para crear un jardín. El suelo consistía casi únicamente en guijarros y escombros. En aquel entorno hostil sólo sobrevivían algunas hierbas, más tenaces que las demás, que se conformaban con muy poca tierra. Y, además, estaba la enfermedad, la conciencia, para Jarman, de vivir una prórroga. No es preciso ser un profesional para saber que un jardín es algo que requiere tiempo, que los árboles tardan docenas de años en crecer. Pero Jarman también sabía que la jardinería es un acto de fe en el porvenir, insensato, como todo acto de fe. ¿Por qué no intentarlo? De los árboles se podía prescindir. Y había todo un abanico de vegetales capaces de sobrevivir a la aspereza del lugar. Los que ya estaban allí, por ejemplo, como la *Crambe maritima*, que en el mes de junio se llenaba de flores blancas que olían a miel.

Sabiendo que disponía de poco tiempo, se puso a trabajar en el jardín, con las tijeras de podar y la paleta trasplantadora de cuando joven, que encontró por casualidad en una maleta en su piso londinense. Al volver a hundir las manos en la tierra, quizás recobró la felicidad de los primeros jardines, en los que nunca había dejado de pensar. Como jardinero, más aún que como artista, cuestionaría al tiempo. Exploraría el misterio de ese límite extremo de la vida que vulgarmente se llama muerte, y que no es más que una faceta de ese otro misterio, aún más grande: el del ciclo de las estaciones que determina, con regularidad inexorable, que al invierno le sucede la primavera, que las plantas florecen y luego se mustian. Y que después todo vuelve a comenzar.

Debió de pensar que quizás obtendría algunas respuestas.

•

Por lo que he entendido, el jardín comenzó con piedra, cuando con la ayuda de sílex y de grava Jarman compuso un primer parterre mineral frente a la puerta de entrada del *cottage*.

En la parte trasera de la casa planté un espino. Luego encontré una curiosa estaca de madera de deriva que utilicé como protector del espino, y la coroné con una piedra agujereada de las que colgaban en collares de la pared de mi alcoba. Y de ahí salió todo lo demás.

Llevó abono al jardín. Las plantas, también las silvestres, que a Jarman le gustaban tanto o más que las refinadas que abundan en los viveros ingleses, empezaron a crecer. Al cabo de unos meses, el jardincillo se había llenado de una sorprendente variedad de herbáceos y arbustos: lavandas, abrótanos, doblescudos, aulagas, sedums, jaras, escaramujos y espinos, amapolas, valerianas, salvia... Todo, en abundancia. Básicamente, eran plantas de terreno seco, adaptadas a aquel rincón de Inglaterra donde llueve mucho menos que en el resto del país. Plantas tenaces, también capaces de afrontar las tempestades de Dungeness.

Aquel jardín estaba hecho para resistir.

•

Prospect Cottage se convirtió en el principal centro de interés de los últimos años de vida de Derek Jarman.

Durante sus estancias en el hospital, que a partir de 1989 fueron cada vez más frecuentes, no paraba de pensar en aquel lugar al que llamaba «mi jardín salvaje», «mi jardincillo en el desierto», «el jardín de mi prórroga». Y también: «Edén y Getsemaní». En su diario se preguntaba si en su ausencia las flores sobrevivirían a la falta de agua o a las tormentas, si las plantas jóvenes que tanto cuidaba crecerían vigorosas. Proyectándose, sin pensarlo, hacia el futuro, abrigaba proyectos para las siembras que pensaba hacer en primavera, siempre y cuando la enfermedad le concediese una tregua, claro, y que los médicos le autorizasen a volver a su casa a tiempo. O bien, tendido en su cama de hospital, trabajaba en el jardín, según decía, mentalmente, como hace cualquier jardinero cuando está lejos de su jardín.

•

Y no me equivoqué, en mi visita a Prospect Cottage, cuando tuve la impresión de que aquel jardín parecía un cementerio. Así lo había querido Jarman.

Cada piedra enhiesta le recordaba a uno de sus amigos desaparecidos, como una estela. Cada parterre circular era, según decía, «un nudo de enamorados». A medida que las llamadas telefónicas le anunciaban la muerte de los amigos, también seropositivos, en un hospital de Londres o de Nueva York, el jardín se llenaba de plantas nuevas y de fantasmas. «Ando por el jardín, de la mano de mis amigos muertos...»

Y como todo jardín y todo cementerio, Prospect Cottage era a la vez lugar de memoria y de olvido,

como ciertas flores que Jarman parecía apreciar más que a otras:

He aquí una amapola  
Flor de los trigales y de los descampados  
Rojo sangre  
Dos sépalos  
Que caen enseguida  
Muchos estambres  
Estigmas a rayas  
De abundantes semillas  
Que se espolvorean sobre el pan  
Bastón de vida  
Trenzado de guirnaldas  
En memoria de los muertos  
Dispensadora de sueños  
Y del dulce olvido.

Pero aquel cementerio estaba lleno de vida, de esa vida material, sensual, que se puede tocar, contemplar y oler a voluntad. Abundaban las plantas, cuyos relucientes colores –los rojos de las valerianas y de los geranios, los amarillos de las caléndulas y las siemprevivas– declaraban con fuerza su propia existencia. Expresaban en voz alta y clara su voluntad de vivir, y de vivir con alegría. Aquel lugar, descaradamente abierto al cielo y al mundo que lo rodeaba, necesitaba ser visto.

Y era capaz de producir una música. Y así, un día de otoño, Jarman escribió en su diario: «Pero mi jardín no es lúgubre, sus círculos y sus cuadrados tienen humor –círculos encantados para elfos trogloditas–, las

piedras son la partitura de una música olvidada hace tiempo, un círculo ancestral al que cada día añado nuevas notas».

En su cuaderno apuntaba la lista de sus plantaciones como hacen todos los jardineros conciencudos. Describía a los halcones que daban vueltas en el cielo, a los lagartos reptando sobre el sílex que le llamaban la atención cuando estaba regando o la luz fabulosa de Dungeness cuando después de la tormenta salía el sol. A la vez poeta y botánico aficionado, hablaba de sus plantas preferidas, de la manera en que antaño éstas participaban en la vida de los hombres gracias a sus propiedades curativas o mágicas. O de sus paseos por la playa, que eran verdaderas búsquedas del tesoro, porque los desperdicios que encontraba allí –chatarra, boyas, pedazos de cadena o de ladrillos– eran bienes preciosos, destinados a embellecer su hermoso jardín.

Así, el mundo de la infancia, los primeros rincones de verde que el jardinero aún recordaba, fuente de infinitos prodigios, regresaba de modo incesante. Por consiguiente, Prospect Cottage no era una evocación del Edén. Era el Edén. El jardín absolutamente inocente que el mismo Dios plantó y que no conocía la muerte. ¿Y qué importa si ese Edén sólo iba a durar un momento, si nadie podría conservarlo, hacer de él un verdadero mundo, un mundo en sí?

•

Porque la muerte siempre llega. Ni el jardín ni el jardinero escapan a la regla, y el Edén se convierte siempre en Getsemaní.

Riego las rosas. Y me pregunto si llegaré a verlas florecer. Planto hierbas medicinales en mi jardín como una panacea, leo libros sobre las enfermedades que las plantas pueden curar, y sé que no me ayudarán. El jardín como farmacopea ha fracasado.

Sí, el jardín no cura, pero incluso cuando la conciencia de la muerte es intensa y hace que las lágrimas afluyan a los ojos del jardinero, que piensa en sus amigos ausentes o en su propia ausencia futura, ahí está. Lo circunda y no le abandona. Una presencia viva, un lugar fraternal.

Entonces se establece una complicidad entre el jardinero y las plantas, porque aunque ellas no sepan vencer a la muerte, pueden consolar. El *Crambe maritima*, otra vez, que renace cada primavera después de haberse secado en invierno, y que se aferra a una tierra árida para producir flores y luego frutos, con el único, insensato objetivo de hacer que la vida prosiga, es el mejor compañero posible.

Un día de enero, Jarman observa en un extremo del jardín una minúscula borraja que ha florecido tontamente, muy prematura, y que se está marchitando en la escarcha matinal. Pero luego, cuando un rayo de sol atraviesa la espesa capa de nubes de invierno, cobra vigor, alza la cabeza. En su diario, Jarman anota esta frase, un poema de un solo verso: «I borage bring courage».<sup>2</sup>

De la misma manera, según dicen, a Cristo le consolaron los viejos olivos del jardín de Getsemaní, aque-

2. La borraja infunde coraje.

lla famosa noche en que el sudor de su frente se convirtió en sangre, mientras los apóstoles, ajenos a todo, dormían un poco más lejos. Aquellos viejos árboles de troncos nudosos, retorcidos por el viento y por la reiterada poda de los hombres, quizás le infundieron el valor necesario para afrontar la prueba que le esperaba a la salida del huerto de los olivos.

La historia de Jarman y su jardín era una vieja historia.

•

Pero en algunos momentos de gracia, las respuestas tan esperadas acababan por llegar. En realidad, más presentimientos que respuestas. Entonces el misterio de la muerte parecía menos impenetrable:

El jardín se adscribe a otro tiempo, sin pasado ni futuro, sin principio ni fin. Un tiempo que no divide los días en horas punta, pausas para el almuerzo, último autobús para volver a casa. En cuanto se entra en un jardín, se penetra en ese tiempo, pero uno no es consciente del instante en el que eso sucede. El paisaje se transfigura a nuestro alrededor. Es el amén, más allá de la plegaria. [...] Pero de repente, me veo obligado a volver al aquí y ahora por la voz sensata y penetrante del teléfono. Quien me llama es un inoportuno. Me habla de un tiempo que tiene principio y fin, el tiempo literal, el tiempo monoteísta, por el que, tarde o temprano, hay que pagar.

•

El jardín de Derek Jarman resistió al tiempo. Por lo menos, hasta el momento en que escribo estas líneas, casi veinte años después de la muerte de su creador y mi visita a Dungeness. Me han dicho que el compañero del artista sigue viviendo allí y cultiva el jardín, tratando de mantenerlo tal como le gustaba a Jarman, como si la misión de Prospect Cottage fuera siempre desafiar a la muerte. Esa pequeña parcela saturada de flores, jardín-cementerio y lugar de esperanza, sigue haciendo frente a los asaltos del viento, las tempestades y ahora los visitantes. Porque Prospect Cottage ha acabado siendo uno de los jardines más conocidos de Inglaterra.

Aquella mañana de 1994, después de hacer dos o tres croquis del jardín, fui caminando hasta el mar. Una larga playa azotada por el viento, sobre la que de vez en cuando asomaba el sol, siempre de manera estrepitosa, haciendo que las olas resplandeciesen durante unos instantes. Recogí una vieja boya, un recuerdo de Dungeness, como un turista que se resiste a irse con las manos vacías, o para repetir, quizás, los gestos con los que Jarman había hurgado mil veces entre las piedras en busca de objetos insólitos para Prospect Cottage. Aquí está, aquella boya, colgada de un tutor de mi jardín –mi jardín, cuya idea nació, creo, en la playa de Dungeness, y que tardaría años en encontrar el tiempo y el terreno ideal para crecer.

Pero entonces yo no entendía muy bien lo que estaba pasando. ¿Qué se me había perdido a mí en aquel rincón de Inglaterra? ¿Qué buscaba? También yo guardaba, en el fondo de mis recuerdos, entre los objetos más preciosos, los momentos de mi infancia en los que

había trabajado en el jardín. Volví a ver el huerto de mi padre, a la sombra de un inmueble comunista de veinte pisos, en los arrabales de Sarajevo, donde aprendí a sembrar, a podar, a observar cómo brotan las plantas y crecen insolentemente hacia el cielo. Sí, me dije –y el mar de plomo me observaba mudo, sin contradecirme ni asentir–, plantar un jardín es algo que siempre vale la pena. Si disponemos de poco tiempo, si alrededor de nosotros el mundo vacila y la muerte, en todas sus formas, avanza, lo único que podemos hacer es transformar una parcela de tierra, no importa cuál, en un lugar acogedor, un lugar que acoja más vida.

Eso es lo que pensé, de pie en la playa de Dungeness, sintiéndome extrañamente sereno, por primera vez, creo, desde que salí de mi país.